

La ciudad en la memoria: imágenes, momentos

*y significados de la ciudad
de México en la segunda mitad
del siglo XIX, en El libro de mis
recuerdos de Antonio García Cubas*

Bárbara Velarde Gutiérrez

CyAD/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

DOI: <https://doi.org/10.24275/ZRHT3440>



Introducción

En sentido riguroso, la imagen de la ciudad no es la ciudad en sí misma, sin embargo, la imagen que de ella crea cada individuo, se constituye como la única manera posible de reconocimiento y apropiación del entorno que se habita. La realidad se vive en tanto se percibe e interpreta, y la imagen percibida y representada adquiere una realidad independiente, con sus propios procesos y su propio lenguaje.¹

La estrecha relación que existe entre la memoria y los vestigios materiales asentados en el espacio que se habita —que da sentido y soporte a la experiencia, favorece la orientación y fomenta la apropiación—, permite reconocer cómo los cambios en lo edificado afectan las imágenes de la memoria que, ante la transformación, debe reacomodarse o reinventarse nuevamente —demostrando así cómo las características del entorno son una herramienta poderosa para modificar los pensamientos, los sentimientos y las prácticas—, pero también es preciso reconocer cómo las imágenes, en sentido contrario, son un elemento fundamental para determinar la forma, permanencia y situación del entorno edificado.

Antonio García Cubas, célebre geógrafo mexicano que hacia 1905 escribe “El libro de mis recuerdos”, no es ajeno a estos procesos y, realizando el esfuerzo de memoria que conlleva la escritura de la historia testimonial, teje, capítulo a capítulo, la imagen del espacio en que se desarrollan sus re-

¹. La percepción del entorno, como actividad interpretativa por parte del individuo, es un proceso que implica la conjugación de la memoria —como experiencia— con las habilidades perceptivas de reconocimiento, donde la selección de lo percibido y su significación hablan del diálogo de sujeto con el mundo (en-el-mundo) y se conforman como su realidad.

cuerdos, no sólo transmitiendo su alto sentido simbólico y sentimental sino, también, buscando insertarlos, intencionalmente o no, en el imaginario social, para la permanencia y para la trascendencia.

La razón de elegir *El libro de mis recuerdos* para este estudio, reside precisamente en el valor del género discursivo al cual pertenece, es decir, al género de *las memorias*, el cual implica consideraciones especiales desde el momento en que la ciudad representada no es la ciudad que se concibe en un proceso de transformación, sino la que a través de la mirada nostálgica, se visualiza como la ciudad del antes y la del después, como una superposición de imágenes que parecen mostrar, alternadamente, una ciudad que se recuerda y otra que se vive como presente. Sin embargo, ya que *el pasado* de la memoria es un tiempo que se configura sólo desde el presente y con proyecciones hacia lo que habrá de venir, se parte de la consideración de que el tiempo de la ciudad recordada, además de ser una mezcla de temporalidades unificadas, es un tiempo construido desde el momento del recordar - que es el del presente del texto-, producido para la posteridad; es el intento de recuperar un pasado que sólo cobra sentido de acuerdo con el momento de construir el texto. El pasado únicamente existe en el recuerdo, el futuro en las expectativas pero aún así, todo el tiempo confluye y se manifiesta en un presente que se construye y reconstruye para pervivir y transformar, para dar arraigo e identidad.

El objeto de este escrito se configura, pues, como el acercamiento a una mirada que, desde sus propias posibilidades e inmersa en un momento histó-

rico fecundo en acontecimientos y significaciones - como lo es la segunda mitad del siglo XIX - traduce su experiencia en un tipo característico de representación - el texto mnemónico -, donde la percepción e interpretación del entorno en que se vive, van construyendo, en el tiempo, la imagen de la ciudad.²

Para lograr explicar de una mejor manera cómo la imagen de la ciudad fue configurada por el autor al momento de realizar el texto, se tratarán a continuación tres puntos centrales. Primero, la injerencia que las ideas de progreso y modernidad tuvieron en la manera de percibir y representar el espacio urbano; segundo, cómo desde los nuevos horizontes de época el texto manifiesta la reordenación de lo social respecto del espacio urbano - y viceversa -; y tercero, cómo el carácter público o privado de cada lugar es sustancial para la representación del imaginario social-urbano - como continuidad al segundo punto.

Cabe aclarar que con el análisis de esta mirada no se pretende descubrir una supuesta imagen única, fija y coherente de la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX, ni mucho menos describir - en contraste con la imagen - los procesos de transformación de la ciudad "real" en lo material, sino comprender, en la medida de lo posible, a través del discurso (que puede considerarse como construcción completa en sí misma, realidad paralela, y corte diacrónico en la vida del autor), cuáles fueron los factores generales y específicos, personales y colectivos, que intervinieron en la manera de concebir la ciudad y, sobre todo, la forma como el autor utiliza los recursos simbólicos del espacio, reproduciéndolos o construyéndolos poéticamente, para transmitir al lector lo más intensamente posible las imágenes de su tiempo.

La ciudad en el tiempo del progreso

La idea de modernidad, movida por la fuerza de la corriente del progreso, que inundó el espíritu del siglo XIX y modificó la percepción del devenir del tiempo y los horizontes de expectativas, implicó también cambios en la ciudad: en su espacio, sus dinámicas y su imagen. El progreso, dirigido hacia un futuro idealmente mejor, que se hacía palpable en sus aspectos materiales especialmente enfocados a lo urbano - como la introducción de nuevas tipologías, alumbrado, infraestructura para el abasto y desalojo del agua o nuevos tipos de comunicación y transporte (entre los que destaca emblemáticamente el ferrocarril)-, incitaba también a reflexionar, paralelamente, sobre los aspectos morales de la sociedad que debían regular sus nuevas relaciones con el mundo. Las "fondas" que desde mediados hasta fines de siglo se fueron transformando - o visto relegadas - no sólo física, sino conceptual y nominalmente en "cafés" y "restaurantes"; o los "cajones" que han dado paso a "grandes almacenes"; las "pulquerías" ahora "cantinas" o "bar rooms", y las "posadas" transformadas en "cómodos e higiénicos hoteles", así como los innumerables centros de reunión y nuevos tipos de vivienda asentados en "colonias" anexas a lo que fue por tanto tiempo "la ciudad" siguiendo los modelos del extranjero; este progreso puede ser considerado, en conjunto, como parte de la evidencia de que la ciudad ha cambiado de aspecto y, desde luego, de significados. "Ciertamente que México había adelantado mucho, pues contaba ya con no pocos establecimientos decentes en sustitución del primero..."³ cuenta García Cubas.

Pese a lo anterior, y siguiendo las ideas de Berman en torno a la modernidad,⁴ es claro que las mejoras, aun las de tipo "público", no cubrían en

forma homogénea las necesidades de todos los sectores de la estratificada sociedad, y mientras la "gente decente", como la llama García Cubas, alcanzaba una mejor calidad de vida, el pueblo contrastaba con un tipo de vida que prácticamente no había cambiado desde la época virreinal, siendo visto por el autor - y seguramente por los de su clase -, como el molesto obstáculo para alcanzar los ideales de una ciudad "verdaderamente moderna". Sin embargo, y a pesar del entusiasmo que las expectativas del progreso conllevaron, la inevitable oposición de la modernidad a la tradición, que paralelamente se deseaba hacer pervivir y que formaba parte del pasado que, visto con nostalgia, se creyó - como en todas las épocas sucede - "fue mejor", hace que el autor - conservador y ferviente católico - titube entre mirar atrás y defender contra todo y contra todas las tradiciones y costumbres del pasado asentadas en determinados espacios simbólicos del entorno urbano, o bien, mirar al frente y tolerar su empobrecimiento - principalmente en lo moral y religioso - en favor de lo que se espera habrá de venir. Por momentos, el pasado idealizado en la memoria se perfila mejor que cualquier otro tiempo, pero en otros, el pasado en la línea del progreso no puede ser mejor que lo que el futuro promete; el futuro es la esperanza y el lugar de los ideales imaginados como realizables, pero es también el lugar de la incertidumbre; de cualquier forma el presente - como el único tiempo posible para la mirada y la evaluación - es el tiempo de la confusión y el reacomodo, de la decepción y al mismo tiempo del asombro, simplemente por ser en éste donde coexisten los elementos contradictorios que permiten sentirlo

2 Entiéndase por "ciudad" no sólo los elementos edificados, sino las relaciones y dinámicas entre el individuo y sociedad, con el espacio y con el tiempo en su historicidad.

3 García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 134.

4 Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Argentina, Siglo XXI.

como un cambio positivo o como el resultado de la decadencia.

Todo lo que ha implicado real e imaginariamente “el progreso”, ha cambiado también la idea del tiempo en lo urbano. Todo se describe ahora como vertiginoso, apresurado, como chispa de electricidad, sucediéndose las horas “con velocidad eléctrica”.⁵ El tiempo de actividad se ha extendido a la noche (por el alumbrado y la seguridad) y, sin embargo, la vida parece más corta y acelerada. Los relojes en las esquinas de las calles, como un nuevo marcador de las actividades porfirianas, compiten con las campanas de las iglesias que, como recordatorios de un ritmo, un orden y un tipo de vida cuyo eje fue lo religioso decantado en lo social, aún luchan por mantener su significado en la memoria y controlar, por tanto, la dinámica social. Se extraña el espíritu religioso, eje de las fiestas, así como los gritos de los vendedores que han sido paulatinamente relegados por un nuevo tipo de servicios, y las coloridas luces y múltiples adornos colocados en las fachadas de las viviendas y los edificios religiosos (que en gran parte han sido demolidos o han cambiado su vocación). En suma, se extrañan las manifestaciones de la tradición —las más de las veces virreinal— cuyo aminoramiento se diagnostica a través del cambio en los sentimientos y actitudes de las nuevas generaciones en determinados momentos y lugares del entorno.

Por su parte, estas rupturas señaladas por el antes y el después, permiten entender de manera precisa cómo las imágenes creadas parecen configurarse, no como una actualización en un proceso de transformación

continua, sino como una superposición de imágenes independientes que se ordenan dentro de una narración y entender, también, cómo el significado simbólico de la imagen parece tener mucha más permanencia en el tiempo que la materialidad del entorno, como por ejemplo, el caso de los conventos que aun demolidos o transformados, siguieron transmitiendo a su entorno un halo simbólico de sacralidad.

Este “calendario” en “el orden de la memoria”⁶ es significativo, además, desde el momento en que hace reiterativas, es decir, cíclicas, las representaciones de los mitos a través de los ritos dados en el espacio urbano asegurando con ello su pervivencia. Así, la movilidad de los ciclos, hasta entonces mantenidos por medio de su ordenación en el calendario —y la supresión de ciertas fiestas religiosas de tradición virreinal—, parece estar chocando con otro tipo de tiempo, el lineal —ligado a la idea de progreso—, que como ya se mencionó, cambió completamente la concepción del tiempo responsabilizándolo de situaciones de mejora o decadencia según el caso. “Hoy todo ha cambiado y no queda de aquella costumbre más que su memoria, en virtud de la cual, todavía vibran en nuestros oídos los ecos sonoros de aquellas campanas que convocaban a la oración”, dice García Cubas recordando las fiestas llamadas Posadas, entre otras tantas conmemoraciones y costumbres descritas en el texto con la explícita intención de dejar huella justamente de aquello amenazado por el olvido, de aquellas costumbres “que van caminando a su completa desaparición... que daban solaz y contento a una generación que no conocía el marasmo que se ha apoderado de la presente”.⁷ Festividades, lugares y costumbres que con nostalgia se describen como “sombras” de lo que en el pasado existió.

La diferenciación que se hace de la ciudad en diferentes momentos y circunstancias, por ejemplo,

al hablar de la ciudad de día o de noche, la ciudad según las estaciones, las épocas conmemorativas o relacionándola con otro tipo de periodizaciones idealmente delimitadas, como la niñez, la adolescencia, la adultez y la vejez; los periodos políticos (muy común en las memorias del siglo XIX); las festividades (tiempo de carnaval, de pascua, de navidad, etc.); los estilos prevalecientes en la época (tiempo de baldequines y de tibores...); estados sociales (tiempo de paz o de guerra), épocas climáticas (tiempo de lluvias, de calor, etc.) o incluso referencias que han llegado a formar parte de los dichos populares (los tiempos de Maricastaña); percibiendo y mostrando una imagen distinta de la ciudad en cada caso, es aquella que hace posible al autor formar comparaciones entre éstas y evaluar las consecuencias del paso del tiempo desde sus expectativas, intereses y juicios de valor. Así tenemos, por ejemplo, la descripción y evaluación del antes y después —es decir de mediados a fines de siglo—, de la fiesta del 16 de septiembre, las posadas navideñas, el paseo de La Viga en Cuatesma, los ritos de Semana Santa, y otros tantos que permiten observar cómo la pérdida de ciclicidad del “rito” está relacionada con la pérdida o desenfoco de la imagen; cuestión que es posible relacionar, entre otras cosas, con los problemas para la reconfiguración de la identidad social.

La ciudad como ordenador social o el orden social en los ideales de la ciudad moderna

El lugar, como diferenciador social, es un aspecto que delinea real y simbólicamente los espacios urbanos mencionados en el texto, pues la imagen unificada del territorio que para ciertos fines se buscó denotar hacia fines del siglo XIX, no significó que verdaderamente se deseara una integración en

sentido social, pues una cosa es la creación de la imagen para sí, o para los de “afuera” y otra muy distinta el uso de los espacios para la organización interna.

En la mirada clasificadora y estructuradora de García Cubas —propia de la sociedad de la segunda mitad del XIX—, la igualdad social, creciente en la ciudad cosmopolita que se va conformando, no es deseable en ningún caso. Según el autor, “los de calzón” no deben convivir con “los de chaqueta” y los pobres, indios o incivilizados, no deben obstaculizar el desarrollo de la parte “decente” de la sociedad.

La diferenciación de espacios que refuerza la distinción de clases da cuenta de lugares de interacción —“aunque sea por fuerza”, como diría García Cubas— y de otros que se presentan como tajantemente restrictivos e idealmente exclusivos para ciertos estratos. Conocido es en este sentido cómo durante las corridas de toros la “gente decente” se sentaba bajo techo, mientras que los del “pueblo bajo” lo hacían a pleno rayo del sol o bajo la lluvia. De esta forma el espacio, mediante sus características formales y simbólicas, es utilizado como diferenciador social, límite territorial y herramienta de poder. Sin embargo, en este sentido, cabe aclarar, que pese a que la dirección que tomaba la imagen de la ciudad era dada por las clases dominantes, “el poder” sobre el espacio (por ubicación, prominencia o extensión) no fue necesariamente proporcional al nivel social, pues en el texto se dan a conocer zonas que por su situación, características y ubicación resultaban inaccesibles a las clases privilegiadas.

Las características tangibles de los espacios y edificios, como los materiales, forma, tamaño, etc., así como su grado de apertura al exterior, son algunos de los elementos que en lo práctico, pero también a nivel simbólico, se han utilizado para denotar

5. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 304.

6. Término usado por Le Goff en su libro *El orden de la memoria*.

7. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 300.

las restricciones sociales que, incluso en algunos casos, son recalçadas por marcas intencionales como anuncios, placas o inscripciones en las fachadas que de manera directa y de antemano predisponen el acceso.

Las características de las colonias o de los barrios, es decir, su forma, disposición, grado de urbanización, mantenimiento y perfil arquitectónico, que van “coloreando” y dando forma a la imagen urbana en conjunto, son también parte del emblema que habla de las características de sus habitantes a partir de una relación simbiótica recíproca. Si los miembros de cierta clase son calificados como “sucios”, por ejemplo, los lugares que habitan son calificados en los mismos términos; si el barrio se define como peligroso —como el caso del barrio de la Palma, mencionado por el autor—, sus habitantes son calificados como “ladrones”; o bien, si las casas son humildes, son relacionadas de inmediato con el “bajo pueblo” y “los indios” que, “por marasmo y mediocridad no logran salir de la pobreza”. Este proceso simbiótico entre lugar y usuarios es el que permite al autor crear descripciones metafóricas que, haciendo uso de las características del espacio, dejan intuir su opinión sobre la esencia y el mundo interior de sus habitantes. De esta forma, a la mención de cada personaje sigue la descripción del lugar que le caracteriza y, del mismo modo, a la mención de un lugar, la definición del público que lo visita.

Entre los diferentes espacios urbanos mencionados en el texto, muy interesantes y de gran impacto son *las pulquerías* que, habiendo cambiado su ima-

8. El mapa base sobre el que se ha realizado el análisis gráfico de algunos aspectos del texto no pertenece a *El libro de mis recuerdos*, pero corresponde al año de 1861 (época en que se ubican los recuerdos). El

gen pintoresca de antaño —como “pulquerías de rumbo”—, por la de “cantinas” y “bar rooms” —para uso de gente de cualquier clase—, se hace lo posible por relacionarlas con lo más bajo de la población y lo peor de los valores morales, en un intento por detener su influjo por lo menos en “el centro” de la ciudad. Recuérdese que el “centro” representa, para el autor, el lugar de sus expectativas en cuanto a la pervivencia de las tradiciones y costumbres del pasado, mejor “guardadas”, según él, por las clases “decenas” de la sociedad, y siendo éste básicamente el lugar ideal que da soporte a la imagen nostálgica del recuerdo.

Dos imágenes superpuestas aparecen de las pulquerías: las pulquerías de antaño, en la imagen del “antes”,⁸ que son aquellas que, instaladas en jacales, en los arrabales de indios, eran atendidas por personajes típicos vestidos con sus trajes de manta y resultaban en una imagen “pintoresca” y tradicional; y las que siguieron a éstas —que el autor dice encontrar a “cada veinte pasos”—, ubicadas aún en el centro de la ciudad, atendidas por pulqueros “que abandonaron el algodón de lino”, con apariencia “cursi y elegante”, y que dejaron atrás su pintoresquismo para dar cabida a lo más “prosaico y vulgar”.

Sin embargo, la reiterada mención de este tipo de espacios en el texto hace pensar qué otro tipo de razones mueven a su inclusión, y se trata, sin duda, de la indiscutible —aunque quizá para el autor lamentable— relación que tienen las pulquerías —junto con otros sitios del “pueblo bajo”— con la imagen de lo nacional, pues, para bien o para mal, son es-

mapa es anónimo, se reeditó en 1866 y ha sido tomado de Lombardo de Ruiz, *Atlas histórico de la ciudad de México*.

tos elementos lo que puede diferenciar a los mexicanos de los otros. ¿Qué más nacional que el pulque?... habrán pensado algunos, aunque entre el rechazo y la necesidad de colocarlos como lo propio, se cayera en un pintoresquismo que terminará por complicar el ¿quiénes somos? Sólo basta recordar para este efecto el cuadro de “El descubrimiento del pulque”, de Obregón, tan elogiado en su época,⁹ incluso cuando retratase una costumbre que en la vida cotidiana parecía ocasionar tanta molestia.

En otro caso, pero en el mismo sentido, se observan los elegantes almacenes a imagen —y a la altura— de los de Europa y Estados Unidos, o la pervivencia de los puestos de los mercados inundados del bullicio de los “pelados” vendedores de mercaderías nacionales; los clubes, cafés y restaurantes y las fondas, figones y pulquerías que, pese a la modernidad, subsisten en la vida urbana y el imaginario, pues, ¿qué sería de la intención de conformar lo mexicano si se suprimieran los segundos elementos del imaginario de la ciudad y de México en general?

Los *cafés* y los *restaurantes* (muchas veces complementados con cantinas, neverías y billares, o como parte de los hoteles), como tipología novedosa en la vida urbana decimonónica —desde luego decorados y con recetas “a la francesa”— son lugares que aparecen reiteradamente y que resultan sumamente ilustrativos

9. Para dar muestra de esto se toma aquí un fragmento de la crítica de arte hecha al cuadro en el periódico *El siglo XIX* el lunes 15 de noviembre de 1869: “Es un notabilísimo cuadro del señor Obregón. Representa a la joven Xóchitl en presencia del rey de Tula... qué dignidad y nobleza en las figuras... la joven que acaba de descubrir el pulque es encantadora. Hay en suma tal distinción en todos los tipos, que no parece sino que el espíritu del pueblo azteca, deseando reivindicarse, guiaba el pincel del afortunado pintor... El cuadro del señor Obregón es enteramente nacional y creemos que despertará el gusto por el género que él inicia y que ofrece a nuestros artistas asuntos tan hermosos y tan nuevos”. Rodríguez



Figura 1.

para conocer las dinámicas de la sociedad de ese tiempo.¹⁰ En este caso, como en tantos otros, los “cafés de moda” son clasificados por su “elegancia y distinción”, así como por el tipo de gente que los frecuenta —casi en todos los casos de clase acomodada—, siendo colocados como la imagen contrapuesta de los fonduchos, figones, bodegones y mesones que, representando las costumbres “antihigiénicas” del pasado y al sector popular de la sociedad, son ahora calificados, muchas veces, como “tugurios” o “chiribitiles”, “sucios” y “mal olientes”. Cenar “al estilo mexicano” para García Cubas es ir —sólo “por calaverada” y para estudiar las costumbres del pueblo— a un fonducho o a un chiribitil como el del “Conejo Blanco” cuando la posibilidad de “cenar bien” estaba en los mencionados cafés, res-

Prampolini, *La crítica del arte en México en el siglo XIX*, Tomo II, p. 155.

10. Aproximadamente diecisiete cafés son mencionados reiteradamente en el texto, sin señalar las muchas pastelerías, bizcocherías, lecherías y restaurantes. Entre los cafés mencionados se cuentan: “La Gran Sociedad”, “Del Progreso”, “Vérolí” (después “Café Inglés”), “La Bella Unión”, “Del Cazador”, “La Concordia”, “Del Bazar”, “De Manrique”, “De la Mariscala”, “De las Escaleras”, “De la calle de Tacuba”, “Del Infiernillo”, “De las Rejas de la Balvanera”, “Del Puente de San Francisco”, “Nacional”, “De Minería” y “Del Teatro de Santa Anna”.

taurantes o “fondas decentes” ubicadas siempre en el centro de la ciudad.

“El café de la Gran Sociedad es uno de los más concurridos de la capital”,¹¹ “El café del Bazar es el establecimiento más decente de la ciudad”,¹² “El café del Cazador (es) uno de los más antiguos de la capital, ... (pero) no puede competir con los de la Bella Unión, Bazar, Progreso y Teatro de Santa Anna”,¹³ cuenta de continuo García Cubas, señalando detalladamente la calidad y nivel de elegancia de cada uno de los establecimientos.

Como puede verse, la relación de ciertos espacios con determinado grupo social —tanto en la imagen del pasado como la del presente— es una constante que caracteriza la mirada del autor ante la ciudad. Así, de la misma manera en que se ha ejemplificado como la mención de los *barrios*, *calles*, *pulquerías*, *café*s y *fondas* se acompaña siempre de la relación con la categoría de sus usuarios, lo mismo sucede con los *teatros*, *colegios*, *plazas*, *mercados*, *comercios*, *almacenes*, *iglesias*, *panteones*, *sastrerías*, *hoteles* y *oficinas*, entre otros, adquiriendo cada lugar, de esta manera, ciertas características formal-simbólicas según sea el caso, permitiendo orientar, tanto el desplazamiento real de cada estrato por la ciudad, como la imagen que se va creando de ésta.

Parece importante para el autor enlistar nominalmente los lugares que a cada grupo corresponden, como el caso de los *baños públicos* que, según García Cubas, se dividen en dos: a los que “La gente decente asiste” y que son “buenos y aseados establecimientos como los de Vergara, Coliseo, Amor de Dios, Misericordia, Betlehemitas, Jesús,

Rebeldes, Correo Mayor, Coajomulco y de Murguía”, y los que son “frecuentados por la gente del pueblo... como Pescaditos, Cocolos, el Prior, Pajaritos, Tepozán, la Polilla, Canales y otros...”.¹⁴

El concepto de higiene —introducido desde finales el siglo XVIII por medio de las ideas ilustradas y de gran relevancia para la época decimonónica en busca de la razón— y el orden —componentes centrales de la modernidad—, fueron ingredientes significativos para la conformación de la imagen de la ciudad moderna y para su evaluación como tal, donde la definición de una imagen de ciudad abierta, limpia y estructurada frente a la idea contraria del pasado, podría corroborar que, gracias al progreso, una nueva época se estaba viviendo. Sustancial para García Cubas fue alabar las condiciones higiénicas del Teatro del Conservatorio que él mismo construyó, y mencionar que entre sus intenciones como regidor figuraban, en primer término, las de dar aseo y saneamiento a los canales y a los “barrios inmundos” que constituían “verdaderos focos de insalubridad de la capital”.¹⁵ Ciertamente esta imagen de aseo y *desaseo* está relacionada con la idea de limpieza moral y “social”, puesto que la falta de higiene en los *barrios* corresponde directamente con la idea de que “el populacho tiene horror al agua y al jabón”,¹⁶ no pudiendo resultar para el autor, sino algo ofensivo en una ciudad que se esmera por crear una imagen de orden y limpieza. En este mismo sentido, la inclusión de árboles y fuentes en los nuevos Paseos es un punto fundamental, Paseos cuya visita es llamada curiosamente por el autor —y por otros textos de la época— como “hacer un ejercicio higiénico”.¹⁷

15. *Ibidem.*, p. 146.

16. *Ibidem.*, p. 472.

17. *Ibidem.*, p. 154.

11. García Cubas. *El libro de mis recuerdos*, p. 158.

12. *Ibidem.*, p. 167.

13. *Ibidem.*, p. 175.

14. *Ibidem.*, p. 372.

En cuanto a la zonificación social y espacial a nivel urbano, es evidente que el “pueblo bajo” sea idealmente ubicado en los alrededores de la ciudad, mientras que la “gente decente” se ubique en la parte central, en los “principales edificios” y en las casas donde viven familias “de trato fino y esmerada educación, de abolengo transmitida”. Cabe mencionar, sin embargo, que resulta notable el hecho de que el autor no mencione las nuevas colonias establecidas “fuera” de la ciudad, ya sea porque quizá habitaban en ellas extranjeros —o mexicanos cuyo modelo de vida se basó en lo extranjero—, o quizá —y más probablemente— por considerarlas precisamente como lugares que “se salían” de los límites de la imagen de la ciudad de la memoria, conservada por el autor aún a principios del siglo XX.

También los comercios reciben el beneficio de buena reputación mientras estén ubicados más “al centro”, siendo llamados de “buen tono”, “decentes”, “famosos” o “de categoría”, a diferencia de aquellos de los barrios aledaños que reciben los calificativos de “rinconeros”, “indecentes”, “sucios”, etc. El centro se distingue, para el autor, por la elegancia de sus comercios, la decencia de sus casas y por ser el lugar en que se espera se guarde cierta circunspección, cuestiones muy diferentes de lo esperado de los barrios aledaños de mala fama. “Paréceme imposible que tal escondrijo exista en el centro de la capital”,¹⁸ dice García Cubas, atendiendo no a la realidad de la distribución cada vez más heterogénea de la sociedad y sus lugares —incluso en el centro—, sino a los ideales de una imagen ordenada según las expectativas de su grupo social. Y en este sentido vemos como el concepto de lo “elegante”, que se emparenta con “lo distinguido” e incluso con “lo decente” es un calificativo que apoya las intenciones diferenciadoras de García Cubas al anteponerse a los nombres de

los lugares elevados a la mejor categoría, así como, en muchos casos, a los elementos ligados a las novedades modernas como el alumbrado, los paseos y las nuevas modas —y modales— inclinados a las propuestas norteamericanas y europeas, principalmente de Francia. “Lo elegante” diferencia lo nuevo —casi siempre importado— de lo viejo, y diferencia también a las “clases altas” —afectas a las novedades modernas—, del resto de la sociedad mexicana.

De acuerdo con lo anterior podemos establecer que la distribución de la ciudad en la memoria del autor podría representarse de la siguiente manera: un dato muy interesante respecto a la territorialidad, y para este caso relevante, habla de cómo la necesidad de apropiación del espacio se ve incrementada mientras el sujeto se localice —o se conciba— más al centro (no necesariamente geográfico) del territorio.¹⁹ Así pues, si se piensa que la ciudad era concebida como el “centro” del país y los espacios de las clases privilegiadas como los ubicados “al centro” de ésta, será factible comprender la necesidad del autor por reafirmar y defender los espacios centrales como propios, sintiendo el acceso de ciertos grupos o tipologías (como las pulquerías) dentro de “su perímetro”, prácticamente como una invasión a combatir, recordando que el apropiarse de un lugar implica y desarrolla un sentido de compromiso emocional hacia él. De esta manera los puntos relevantes que García Cubas puntualiza en mapas —gráficos y descriptivos— de algunas zonas de la ciudad pueden ser entendidos, en este sentido, como la ratificación de marcas de propiedad —e incluso de advertencia—, que exteriormente

18. *Ibidem.*, p. 163.

19. Holian. *Psicología ambiental*, p. 303.

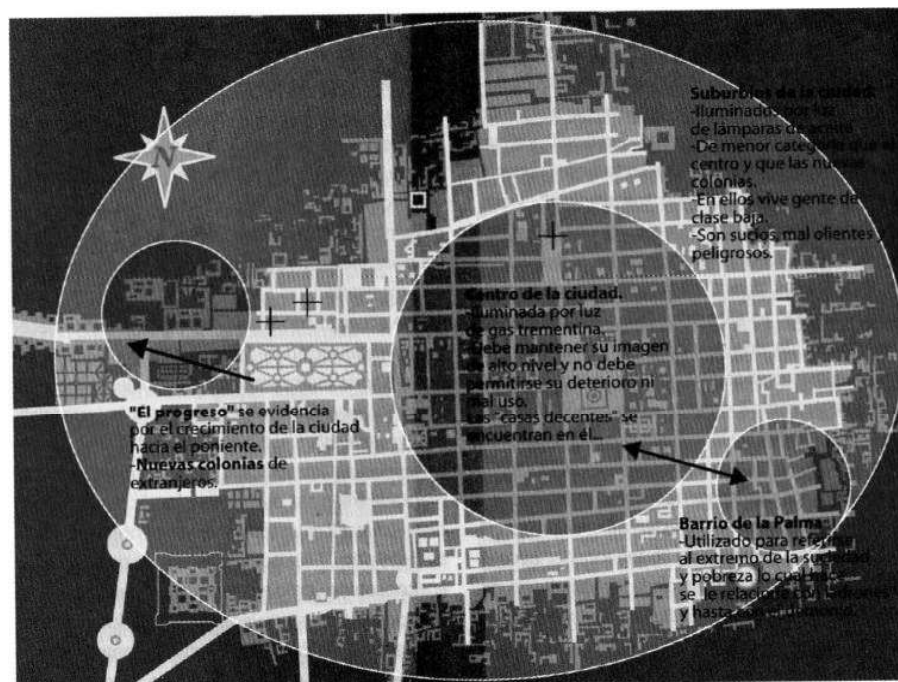


Figura 2.

te delimitan zonas que, por su valor práctico y simbólico, debían ser respetadas por los otros estratos de la sociedad. Las marcas colocadas por el autor corresponden, desde luego, con las zonas de las que hacía uso la clase privilegiada.

Y al igual que la idea de que del centro hacia la periferia baja simbólicamente el nivel de los habitantes y la categoría de los edificios, la idea de que lo que está arriba es de mejor nivel que lo que está abajo es evidente. Posiblemente la costumbre colonial de que

la casa noble estuviera situada en "los altos" de las construcciones, mientras que "los bajos" se destinaban a talleres o viviendas de comerciantes o artesanos, tuvo que ver en esta concepción. Vivir en un edificio "de altura" es, sin duda, motivo de orgullo y símbolo de estatus de sus moradores. No por nada se clasifican los bailes en "los de escalera arriba" y los que se dan "al ras de la calle"; y se clasifica a la gente en "bajo pueblo" y "alta sociedad", ni se dice metafóricamente que los reporteros "a las cabañas descienden y suben a los palacios".²⁰

De esta misma manera, también el tamaño del espacio es muestra simbólica de la calidad de quien lo

habita. Pero, lo que resulta interesante aquí es observar cómo no solamente la realidad dimensional del lugar es lo que lleva a calificar a las personas en este orden, sino la categoría de las personas es la que da la pauta para la denominación —aun simbólica— del lugar. Decir que alguien es "de casa grande" o de "casa chica", no significa que necesariamente viva en un espacio extenso o reducido, sino que, en la síntesis de una expresión verbal, anclada en el lenguaje cotidiano, se constituyen como frases que, en el tiempo y apesar de las transformaciones, revelan las relaciones simbólicas entre el sujeto y sus espacios.

Entre espacios públicos y privados: de la calle a la vivienda

Al reflexionar en torno a la manera en que la sociedad decimonónica y sus espacios se fueron estratificando y clasificando por el creciente deseo de distinción de clase y, sobre todo, por la creciente complejidad en los grupos y estratos sociales, resulta interesante el estudio de los espacios públicos y los privados en la medida en que su dinámica y su interacción permiten entender cómo las prácticas y expectativas sociales están fuertemente relacionadas con las formas y las características materiales de los lugares de la ciudad, y cómo, para García Cubas, la pervivencia de la tradición en la ciudad de la memoria está sustentada en las posibilidades de mantener dicha distribución.

En la clasificación de los lugares públicos y privados, desde el punto de vista urbano-arquitectónico, se distinguen categorías de espacios que van desde los considerados como completamente públicos, es decir, las calles y las plazas, hasta los que parecen ser los espacios privados por excelencia, es decir, las viviendas; pasando por espacios "de transición" o intermedios, donde se realizan "intercambios" entre los individuos de diferentes clases, y que

en este caso se refieren a las plantas bajas (sobre todo de las viviendas de esquema colonial), los patios, los balcones y las azoteas de los edificios.²¹

Sin embargo, cabe aclarar en este punto que si bien existen espacios que pueden denominarse en forma generalizada como "públicos", la ubicación, el significado y uso cotidiano de éstos deja ver que en ocasiones cobran un sentido de privacidad para, en cambio, distribuir el espacio en subzonas y momentos horarios logrando un uso diferenciado por parte de sujetos de distintas edades, géneros y clases sociales. A manera de ejemplo, sigamos a García Cubas quien sugiere "volvamos a ponernos en la calle" —observatorio de costumbres por excelencia para el autor— para ver cómo durante las fiestas y desfiles, o incluso en la vida cotidiana, ciertos puntos del espacio público pasan a ser "propiedad" de algunos en momentos y horarios determinables. "El pueblo bajo sólo concurría en la plaza hasta las diez de la noche" y "los pobres acudían a las esquinas para hacer su desayuno"²² cuenta el autor; con lo que pareciera que los lugares, incluso los aparentemente públicos, estuvieran previamente "apartados" por cierto grupo en un intento por evitar la "mezcla" con "los otros".

Desde luego que otros factores, como el tipo de barrio en que los espacios públicos se encuentren, así como la jerarquía y función de sus edificios, son motivo suficiente para que sean "preferidos" por unos y evitados por otros, quedando "etiquetados" con calificativos específicos, evidenciadores de expectativas y prejuicios, como el que denomina como

21. Para otros modelos entre de lo público y lo privado en el ámbito urbano arquitectónico ver Coppola Pignatelli, *Análisis del espacio que habitamos*, p. 104.

22. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 207.

20. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 480.

"pecaminoso" al Callejón de los Gallos o como "famoso" al Callejón de Bilbao. En este sentido hay que tener presente la influencia del lenguaje hablado y escrito en la percepción de los espacios, donde la asociación reiterativa de ciertos adjetivos respecto de ciertos lugares es crucial para la reafirmación del significado del espacio en la imagen de la ciudad.

Otro caso de distribución social de acuerdo con los espacios públicos, de transición y privados, es aquel que refiere cómo durante las fiestas de la ciudad, el pueblo por lo general ocupaba las calles, mientras que la "gente decente" permanecía preferentemente en los balcones, las puertas y las azoteas de las casas. "Espectadores había (en Semana Santa) en las puertas y balcones de las casas... El gentío inmenso no acababa de invadir las aceras, balcones y azoteas..."²³ Los balcones y ventanas veíanse, en general, atestados de jóvenes y niños que reclinados en los barandales gozaban de las palpitantes escenas"²⁴ cuenta García Cubas cómo, durante las festividades, la calle se transformaba en un escenario hacia el cual dirigir la atención.

Los lugares públicos, como las calles y ciertos establecimientos, ligados con comportamientos indeseables y amorales, son para el autor sujetos de prejuicios y calificativos que hacen que verdaderamente se creen imágenes de rechazo y degradación. "No nos detengamos a tomar el donoso en paraje tan público, por no ser decente, que ya te llevaré a (otro lugar)",²⁵ dice García Cubas a su lector, al que también sugiere, entre otras cosas, no visitar los baños públicos, pues incluso los más decentes son "antros" y "cuevas del infierno".

23. *Ibidem.*, p. 361.

24. *Ibidem.*, p. 283.

25. *Ibidem.*, p. 155.

En este punto, hagamos un paréntesis para mirar atrás y descubrir cómo este sentido de territorialidad y esta tendencia a relacionar la calle y los espacios abiertos con la gente del pueblo y lo privado con las clases altas, no es un asunto nuevo en el siglo XIX, sino que tiene antecedentes y que más que explicarse desde cuestiones de clase, se explican en función de la cultura y de épocas cíclicas de apertura o interiorización. La costumbre prehispánica de realizar la mayoría de las actividades prácticamente "al aire libre" —lo que de hecho puede corroborarse por medio de la arquitectura de sus ciudades—, fue vista por los conquistadores como un modo distinto de habitar el espacio urbano, mismo en el que ellos construyeron edificios fortaleza para su seguridad y que con el paso del tiempo fueron recuperando hasta convertirlo en el lugar de muchas de las actividades —individuales y colectivas— novohispanas. Finalmente, ya en el siglo XIX, los conflictos bélicos que tuvieron lugar en la ciudad y sus alrededores, debieron influir también en la idea de relacionar el espacio con la clase, pues dado el estado de conflicto al exterior, la sociedad "decente" debió haberse visto replegada al interior doméstico, protector e inviolable, de manera contraria al pueblo que, pese a todo, permaneció en un exterior peligroso y destruido. Por otra parte, la conquista del espacio llevada a cabo por los españoles durante la Colonia debió también modificar el sentido de apropiación del territorio que era repartido del centro a la periferia según la jerarquía social, dejando a los indios, literalmente, "afuera" de la ciudad reconstruida, prevaleciendo este orden urbano hasta el Porfiriato cuando las clases altas de la sociedad y la nueva bur-

26. Siguiendo la propuesta de Coppola, que distingue dos maneras —femenina y masculina— de vivir el espacio urbano, se podría decir que el modo de habitar prehispánico corresponde al tipo femenino, en

güesía comenzaron a ubicarse en las colonias fundadas en la periferia.²⁶

Por otra parte, tal parece que la idea y posibilidad real de "privacia" es un privilegio que aumenta con el nivel de clase. Lo recatado, lo que sólo se sugiere, lo que debe conservarse como íntimo en el sentido moral de las clases superiores, corresponde directamente con la idea opuesta de que el pueblo forma parte de la vida "pública" de la ciudad. Los pobres, se dice, "viven" en las calles —públicas— y en lugares mucho más abiertos (empezando porque sus barrios estaban ubicados a las orillas de la ciudad), a diferencia de la gente "decente" cuyos espacios, protegidos de la intemperie, aparecen siempre reservados para pocas personas de su misma categoría. En este sentido, es curioso notar cómo al referirse al uso de los espacios públicos, como la calle, el autor utiliza palabras diferentes para hacer sentir la relación de cada grupo con dicho espacio, haciendo notar que la gente decente sólo "cruza" o "atraviesa" las calles, mientras que los del pueblo bajo "vagan" por ellas permaneciendo en éstas más de lo que es debido.

Las esquinas, como pausas necesarias en la dinámica de desplazamiento urbano, son espacios públicos de gran riqueza práctica y simbólica que vale la pena distinguir. El hecho de que en las esquinas se dé el encuentro entre la gente, que en ellas se detenga e interactúe, es uno de los principios que seguramente interviene para conferir a las esquinas una connotación negativa y contrastante respecto de la decencia de los lugares interiores, de carácter discreto y privado. Las esquinas incitan a la

el cual la ciudad es un lugar de disfrute, un recurso para la subsistencia y el bienestar y una construcción que fluye en armonía con la naturaleza; en tanto que el modo hispano corresponde al masculino que, más que el disfrute del habitar como supervivencia, busca la apropiación, la conquista del espacio, la trazará rigida y reticular, la imposición de monu-

gente a permanecer más de lo prudente y lo socialmente aceptado en un ámbito público, y en las esquinas se ubican los puestos "de vendimias" para los pobres y los personajes calificados como amorales e indecentes. Baste, para muestra de ello, un juego común entre los jóvenes descrito por García Cubas, donde el peor castigo, que dice "rara vez se impone entre la gente de buena educación", es ciertamente el de ser llamado a representar la "esquina de providencia", es decir, el lugar ubicado en el baluarte norte del Palacio Nacional donde se fijaban los decretos del gobierno: bandos, avisos y pasquines y "donde acudían por igual, perros callejeros, borrachos y pilluelos para quebrantar las disposiciones de policía".²⁷ Sin embargo, en otro sentido, las esquinas representan también lugares de comunicación —donde eran colocados los anuncios, las noticias y se daba cuenta de los espectáculos en la ciudad—, para uso no sólo de los pobres sino de todas las clases sociales.

Por tanto resulta paradójico que la calle y los espacios públicos, a pesar del sentido negativo que se les atribuye, constituyan el espacio por excelencia hacia el cual dirigir aquello que se pretende expresar y denotar. Así, no faltan pretextos para "anunciar" a través de elementos simbólicos y desde los espacios de transición, lo que ocurre en el interior de los edificios, ya sea para dar noticia de algún acontecimiento privado o para anunciar la participación de la familia en algún tipo de festividad, pues ¿de qué servirían la personalización del ambiente privado y las marcas materiales de terri-

mentos que en su espacialidad dominan lo temporal y que se construyen derrumbando, devastando y transformando la naturaleza. Coppola, *Análisis de los espacios que habitamos*, p. 9.

27. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 190.

torialidad si no pudiesen expresarse de alguna manera hacia el espacio colectivo exterior?

"El lujo que desplegaban los plateros en las calles de su nombre era extraordinario, en los altares que levantaban al frente de sus casas lucían los grandes cortinajes de seda roja recamados en oro... todas las casas, como era costumbre general... se hallaban engalanadas con los más preciosos adornos",²⁸ cuenta García Cubas mostrando la importancia de denotar en lo público el rango de los celebrantes.

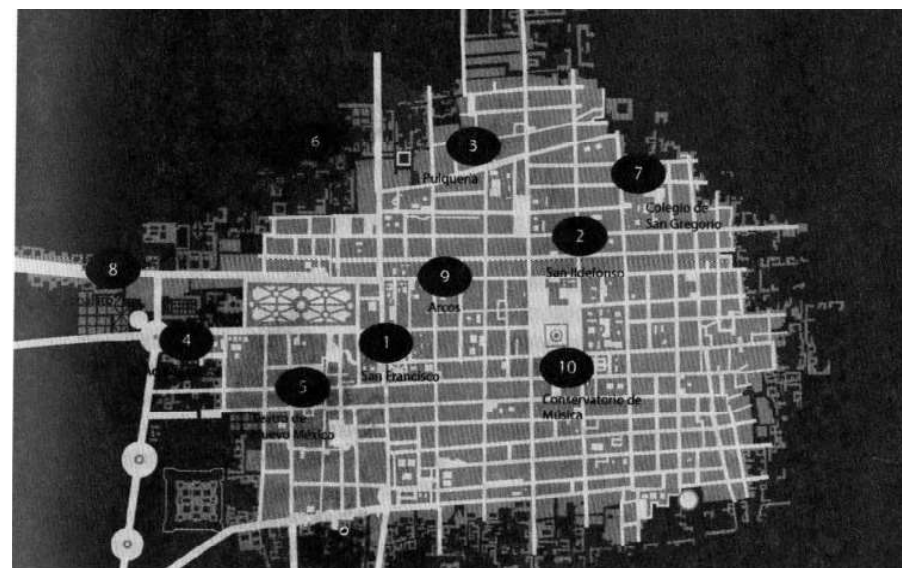
Durante las procesiones "los balcones, puertas y ventanas lucían ricos tapices"; durante las fiestas "se arrojan hacia las calles dulces, cacahuates y pambacitos"; en las epidemias "se ponían banderolas en las casas donde había enfermos"; en las graduaciones "se adornaban las escuelas" y así, mediante estos artificios, los edificios "se transformaban, como por encanto, en suntuosos palacios", y la ciudad "se convertía en magnífica mansión de las hadas", ...y qué decir también en este sentido, de que en la calle —sobre todo en la imagen del recuerdo—, fueran colgados los sujetos ajusticiados para ejemplo de la colectividad.

Así, en esta intención por manifestarse hacia los espacios públicos, la arquitectura toma un lugar preponderante ya no simplemente como presencia simbólica, sino como verdadero lienzo en el cual escribir o pintar diversidad de datos, frases, versos, nombres, paisajes o caricaturas. En las fachadas se escribe quién nació, vivió o murió en el lugar, se hace alusión a la función del edificio, se hacen comentarios o burlas políticas, se acentúan valores morales, se refuerzan actitudes deseables ante dicho espacio y se colocan

los anuncios publicitarios de aquello que se ofrece al interior. Comercios, pulquerías, teatros, escuelas, cárceles, hospitales, plazas, iglesias, capillas, estatuas, arcos triunfales y monumentos naturales son lugares siempre acompañados por alguna inscripción. Veamos algunos ejemplos.

El vínculo que parece existir entre espacio y moral es también una clave muy importante para comprender el sentido de la mención e inclusión de ciertos lugares en la imagen urbana de la memoria, donde los usos y prejuicios de cada uno de éstos, empuja a relacionar su presencia —o ausencia— con una intención de provocar actitudes y sentimientos determinados en quien realice la lectura. Si el lugar ha sido capaz de estimular actitudes ejemplares, como los colegios o las iglesias, se convierte en un símbolo que conservar, mas si ha estimulado acciones o sentimientos que se pretenden erradicar, entonces pasa a ser un elemento que dejar al olvido. De hecho, esto se ve reflejado en la ciudad material, donde la intención de crear un nuevo tipo de actitud urbana, laica y nacionalista, provocó, por ejemplo, la demolición de los conventos a mediados del XIX (reducto real y simbólico de religiosidad virreinal), o la demolición del Parián (reducto real y simbólico del comercio controlado por españoles).

La *vivienda*, como espacio íntimo y moralmente privilegiado, es un lugar que prácticamente puede analizarse como una totalidad, como un mundo completo de relaciones organizadas que se sustentan y se comunican a través de la distribución y significado de sus espacios. En la vivienda se estructuran y se aprenden las modalidades de las relaciones sociales, se despliegan comportamientos diferentes a los que se requieren para lo público y, en pocas palabras, se construye el reflejo del "yo"; como diría Coppola Pignatelli, "la esencia de uno mismo vista por uno mismo".²⁹



- | | | | |
|---|---|--|--|
| 1. ¿Ves este templo cuánta poma ostenta?
Altare nuevos, nuevo pavimento?...
Pues es un pobre que con nada cuenta.
¿Ves su decoro, miras su ornamento?...
Ni aquí hay derechos ni disfruta renta:
Si quieres saber en qué está el portento
Y por qué sobra si empezar no alcanza,
Oye a Francisco: Pidan con confianza. | 3. ¡A qué picos!
¡A qué piquitos!
¡A qué picazos!
Junto al dibujo de un burro...
Hu-hu hu un candidato a diputado. | 5. Con falso brillo y con diversos nombres,
lecciones de moral doy a los hombres.
5. No es el teatro un vano pasatiempo, escuela de moral y útil ejemplo.
6. Fui lo que eres, serás lo que soy... | 7. Fugit irreparable tempus...
8. México la conserva como un monumento de arte.
9. Por la base el trono la justicia tiene, y en la equidad y el orden se sostiene. |
| 2. "Altus Qua Pretius". | 4. Pasajero que ves esta morada, endereza los pasos de tu vida,
pues la piedad que adentro hace favores,
no impide a la justicia sus rigores. | 7. Nombres de personajes como: Cicerón, Horacio, Sócrates, Newton, Dante, Bacon, Shakespeare, Alegre, Clavijero. | 10. Nombres de compositores y autores dramáticos como Meyerbeer y Shiller. |

28. *Ibidem.*, p. 307.

29. Coppola Pignatelli, *Análisis del espacio que habitamos*, p. 170.

Porque la casa es, además de una necesidad primaria para la vida, una complejísima red a nivel simbólico —como bien lo demostró G. Bachelard—;³⁰ parece ser la metáfora perfecta de la memoria, donde ambas pueden entenderse como lugares que se construyen y reconstruyen en el tiempo, que conllevan lo íntimo pero también se insertan en lo colectivo, y son lugares que determinan en gran parte las modalidades de los procesos de percepción, evaluación y dirección de la experiencia.

“Voy a conducirte... al interior del hogar, donde disfrutarás de distracciones, tal vez más halagüeñas de las que has gozado en tus nocturnos paseos por la ciudad”,³¹ advierte García Cubas haciendo patente la relación de los ideales de pureza y moralidad con el espacio privado, donde esencialmente la mujer, en la relación “mujer-hogar”, suele aparecer como el núcleo director —y responsable— de las relaciones familiares en el espacio. Y en este sentido dice García Cubas que la mujer debe ser “quien [en el hogar] dé sus frutos”. La figura femenina cobra así, para “la casa”, el significado de la madre protectora que acoge a sus hijos en el regazo, y de aquí que la casa, como el refugio física y simbólicamente más próximo a la persona, sea sentida también como el último recurso para la conservación de la identidad, las costumbres, la familia, e incluso de la vida en momentos tan amenazantes como la guerra, cuando “los yankees invadían las casas convirtiéndolas”, según cuenta García Cubas, “en cloacas inmundas”. Por ello, la inviolabilidad

del espacio del hogar es un valor que se manifiesta en el texto con mucha frecuencia, como al decir —a manera de queja— que los periodistas intentaban colarse en las habitaciones “como el viento por ventana abierta”, que el novio iba ganando terreno para entrar algunos días a visitar a la joven novia en su casa, o que los niños predispuestos por alguna leyenda contada, temían que “el diablo anduviera en la azotea”.³²

En este sentido, vemos cómo la moral, idealmente relacionada con los espacios de la vivienda, se enfrenta en la imagen del presente de García Cubas, con nuevos lugares que frecuentar y que son vistos como amenaza para la pervivencia de la moralidad-cristiana cuyo núcleo es la familia. No por nada expresa el autor con frecuencia que los niños deben permanecer en la casa, sin salir a la calle —menos acompañados por los criados—, pues de ser así “no es de extrañar que el niño regrese con algunas contusiones, un brazo roto o tocado de alguna enfermedad...”³³

Sin embargo, cabe decir que la casa, para García Cubas, más allá de ser efectivamente el lugar íntimo y privilegiado, es principalmente el refugio seguro desde el cual participar en la vida de la ciudad. Así, la mención de las viviendas en *El libro de mis recuerdos* no es la que hace alusión al sentido sensible del nido familiar, sino a la casa como espacio para denotar hacia el exterior la calidad de sus moradores y como “palco” que, siguiendo la idea decimonónica de ver a la ciudad como “el gran teatro del mundo”,

permite a los habitantes ser actores y espectadores de todo cuanto “afuera” acontece.³⁴

Por otra parte, como mundo organizado, la vivienda es el lugar donde comienzan las estratificaciones socio-espaciales de la ciudad, ya sea desde su totalidad —determinada en mucho por el aspecto exterior—, donde el autor distingue claramente entre casas elegantes, viviendas de clase media, casas de vecindad, fincas, quintas, casitas, jacales, chozas o cuartuchos, entre muchísimas otras, o bien por la organización interior, donde la distribución espacial se hace corresponder idealmente con la imagen del orden social de sus moradores.³⁵ Cuenta García Cubas que “Las criadas emplean su tiempo en la cocina o en otra pieza retirada”, los niños juegan en el patio, las visitas se reciben en la sala o el billar y los amigos íntimos en el comedor, alrededor de la mesa, pues este acto, consumado al interior del ser íntimo de la casa, resulta, según se observa, un supremo signo de amistad verdadera.

La flexibilidad del espacio de la casa para la realización de otro tipo de actividades —que posteriormente se separaron del espacio de la habitación como tal—, es una característica de las viviendas de tradición virreinal descritas en el texto, pues, como lo expresa García Cubas, al no existir “otros centros de reunión que más adelante impondrán los adelantos de la civilización”,³⁶ la casa era el lugar de reunión más factible y también moralmente más “adecuado” para la interacción social. Quizá esta interacción de actividades y sobre todo de clases, para los ideales de la modernidad, representa uno de los factores centrales que llevan al autor a intentar un

reordenamiento capaz de reubicar a cada sujeto en su respectivo lugar.

En este sentido, cabe señalar que la importancia de la interacción social entre los miembros de cada clase —en sus respectivos espacios—, es un aspecto sobresaliente en el relato de la vida cotidiana, especialmente en la clase media y la clase alta, para quienes la sociabilidad en la vivienda, donde se llevaban a cabo diversas “representaciones caseras”, “bailes” y las famosísimas reuniones conocidas como “tertulias”, fue central.

Entre los elementos intermedios significativos para la imagen de la ciudad y la representación de su dinámica a través de los espacios construidos, el *balcón*, como lugar de interacción entre lo público y lo privado, es preponderante. Desde adentro, el balcón es el gran palco de la sociedad —de la gente decente— desde el cual se observa lo que pasa en el gran teatro del mundo. “Todo esto que cuento”, dice García Cubas, “fue presenciado por mí desde un balcón de una casa del Puente de Palacio”.³⁷ En otros casos, durante las festividades, el balcón fue lugar de distinción, reverencia y atención para los concurrentes de “abajo”.

El balcón es el lugar de refugio desde donde observan las mujeres y los niños, para quienes la vida pública, en las calles, está en ocasiones vedada, porque si bien el balcón les permite ver hacia afuera, también elimina la posibilidad de participación en la vida urbana exterior. Durante los pronunciamientos, cuenta García Cubas que “en los balcones y zaguanes a medio cerrar se veían agrupados los curiosos”³⁸ aunque “los balco-

30. Bachelard, Gaston, *Poética del espacio*.

31. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 187.

32. *Ibidem.*, p. 191.

33. *Ibidem.*, p. 196.

34. Es importante mencionar lo central del Teatro en la vida de la sociedad decimonónica, mismo que, metafóricamente, se utiliza para hacer

alusión a la vida individual y colectiva, aún más cuando el pasado recordado exige una correcta escenificación para su óptima representación. De hecho, los espacios del recuerdo no son sólo escenarios para ubicar lo acontecido, sino, en ocasiones, verdaderos personajes centrales en la escena descrita.

35. Idealmente lo social y sus espacios construidos están en correspondencia recíproca, sin embargo, la característica de permanencia de lo edificado —apoyada por la dificultad física y económica de su transformación— resulta factor para que existan asincronías y el espacio no siempre sea lo que sus moradores quisieran como reflejo de sí.

36. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 187.

37. *Ibidem.*, p. 458.

38. *Ibidem.*, p. 467.

39. *Ibidem.*, p. 471.

nes se hallaban henchidos más de curiosas que de curiosos, pues éstos habíanse lanzado a la calle”.³⁹

Como explica Vicente Martín en su estudio sobre arquitectura doméstica,⁴⁰ el balcón coloca a la gente “decente” en un nivel superior, literal y simbólicamente, respecto de la gente de la calle, pero por sus características formales, el balcón permite también la comunicación, no sólo dejando entrever el interior de la vivienda —ostentando sugestivamente su lujo y decoración— sino permitiendo a la persona mostrar sus mejores galas.

Desde el balcón se lanzan a la calle papelitos de colores, pan y dulces, y es de él de donde se cuelgan ricas telas, cortinas, listones, espejos, faroles y adornos para las fiestas de la ciudad. Por ejemplo, cuenta García Cubas que en las graduaciones “si el sustentante a doctor era seminarista, el balcón principal del Seminario se engalanaba con un rico cortinaje de terciopelo carmesí y con un lujoso cojín adornado con franjas y borlas de oro, sobre el cual descansaba el capelo doctoral”.⁴¹

Nota final

Pese a que se ha hablado de cómo idealmente la diferenciación de clase en los espacios, aun en los públicos, era buscada y esperada, en el fondo de los relatos de la vida cotidiana parece que la interacción social, hacia fines del siglo XIX, comenzó a darse de manera más abierta que lo deseable, sobre todo para los ideales de García Cubas quien se escandaliza ante esta creciente mezcla que cree va en perjuicio de los pocos que pueden rescatar a la nación.

40. Hernández Martín, *Arquitectura doméstica de la ciudad de México (1890-1925)*, capítulo XXI.

41. García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, p. 399.

Así, el sentimiento de pérdida de control sobre el espacio, que realmente se transformaba, y sobre todo se expandía, debió haber infundido, por lo menos en García Cubas —y su sector social—, un sentimiento de inseguridad respecto de la ciudad puesto que los mapas cognitivos e imaginarios que hasta entonces se habían mantenido de la ciudad en la memoria comenzaban a chocar con las nuevas estructuras de la ciudad actual, provocando con ello la presión de reconstruirlos, adaptarlos a los nuevos usos y significados y crear nuevas “rutas” que por su tipo y significado pudiesen ser objeto de apropiación; rutas que, por sus características, permitieran conocer, de antemano, los sujetos que las adoptarían y, por tanto, las conductas que en esos territorios se pudieran esperar. Si se toma en cuenta que el tiempo de escritura del texto corresponde a la vejez del autor, se podrá comprender la intensidad del choque y, sobre todo, la dificultad para lograr la transformación de sus mapas e imágenes para adaptarlos a la nueva realidad social y al nuevo tipo de ciudad, cuyo desarrollo material y simbólico corresponde ya a intereses de otra índole que los que le dieron forma en el pasado, en la imagen del recuerdo.

Bibliografía

- BACHELARD, Gaston (1965). *La poética del espacio*. México: FCE.
- BERMAN, Marshall (2002). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Argentina: Siglo XXI.
- BARROS, Cristina y Marco Buenrostro (2003). *Vida cotidiana, Ciudad de México 1850-1910*. México: FCE/INBA/CONACULTA.
- CALVINO, Ítalo (1974). *Las ciudades invisibles*. Argentina: Minotauro.
- COPPOLA Pignatelli, Paola (1997). *Análisis de los espacios que habitamos*. México: Ed Árbol.

- GARCÍA Cubas, Antonio (1986). *El libro de mis recuerdos*. México: Porrúa.
- HERNÁNDEZ Martín, Vicente (1981). *Arquitectura doméstica de la ciudad de México (1890-1925)*. México: UNAM.
- HOLAHAN, Charles (2003). *Psicología ambiental. Un enfoque general*. México: Limusa.
- JATAHY Pesavento, Sandra (2002). “Memoria, historia y ciudad: lugares en el tiempo, momentos en el espacio”. En *Anuario de Espacios Urbanos 2002*. México: UAM-Azc.
- KATZMAN, Israel (2002). *Arquitectura del siglo XIX en México*. México: Trillas.
- LE GOFF, Jacques (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. España: Paidós.
- LOMBARDO de Ruiz, Sonia (1996). *Atlas histórico de la ciudad de México*. México: INAH/CONACULTA/murfit.

- LYNCH, Kevin (2000). *La imagen de la ciudad*. España: GG.
- MARTÍNEZ Sánchez, Félix Alfonso (2001). “Notas para el estudio del paisaje urbano. Una aproximación a la geografía imaginaria”. En *Anuario de Espacios Urbanos 2001*. México: UAM-Azc.
- MILANESIO, Natalia (2001). “La ciudad como representación. Imaginario urbano y recreación simbólica de la ciudad”. En *Anuario de Espacios Urbanos 2001*. México: UAM-Azc.
- PIMENTEL, Luz Aurora (2001). *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI- UNAM.
- REVERENDO Padre Félix de la Compañía de Jesús (1860). *El progreso por el cristianismo*. México: Imprenta de José Mariano Lara.
- RODRÍGUEZ Prampolini, Ida (1997). *La crítica del arte en México*. Tomo II. México: UNAM.
- TENORIO Trillo, Mauricio (1998). *Artífugio de la nación moderna*. México: FCE.